

Un Cristo crucificado, sabiduría y fuerza de Dios

La verdad que configura el quehacer de una facultad de teología

La humanidad siempre se ha sentido arrastrada por su rotundo atractivo. Ella, la verdad, nos seduce en parte porque se muestra, pero también porque nunca llegamos a poseerla. Cuando se cree tenerla, escapa escurridiza como el agua entre las manos. Y así nos convierte en errantes aventureros en el gran viaje de la vida. Como el embate del corazón —lento, rítmico, constante, certero—, el deseo de verdad nos percute como un dardo con punta de oro similar al de Cupido y nos abre en canal tatuando en nuestro cuerpo una herida metafísica incurable; la del amor.

En nosotros palpita el poso de una certeza que nos ha alcanzado pero que no poseemos y que, de vez en cuando, se despierta con virulencia como una fiera hambrienta e insaciable. Esta incisión profundísima nos convierte en seres estructuralmente abiertos al Otro y a los otros. Según la Biblia somos “gargantas vivientes” vueltas hacia un Dios que nos respira (cf. Gn 2,7). Cada expiración e inspiración se inscribe en un dinamismo de gratuidad y de confianza mutua. Ya que donamos el aliento recibido en la convicción de que Dios volverá a insuflarnos su hálito. Pues estamos unidos a Él por respiración.

La Escritura nos imagina como tierra cuarteada por la sed de trascendencia y siempre esperando su lluvia. Zahoríes con instinto de Dios. Ciervas exánimes bramando agua. Sin embargo, parapetado a la vuelta de la esquina, el irresistible canto de sirenas acecha con sabotear el viaje de la vida impidiendo que los Ulises de la historia lleguen a su destino. El sedentarismo y el aburguesamiento son los peores enemigos de quien peregrina perforando

la verdad y horadando en el amor. Aunque para Emmanuel Carrère lo son las certezas¹.

¡Atrévete a saber! (*sapere aude*). Así espoleaban nuestros antepasados a sus contemporáneos. Porque conocer es exponerse a la posibilidad de ser modificado por lo que se contempla y, quizás, “comenzar, sin saberlo, a ser otro”². Conocer es asomarse al abismo de comprometernos para siempre con aquello que se nos regala como vida y se nos revela como bueno. Perseguir la verdad es, como la de Abraham, una salida sin retorno. Una promesa de bendición que nos transforma en emigrantes para siempre. Apátridas de una tierra permanentemente deseada y nunca poseída.

Se trata de salir para no volver o del *Arte de la fuga*, como subtitula José Ángel González Saiz su ensayo *La vida pequeña* (2021). Y es que, en ocasiones, nuestra existencia hastiada de superficialidad, atiborrada de pantallas, empachada de consumo dice: “¡basta!”, y desea escapar, apearse del tren de vida en que nos han montado, romper la baraja y «hacer con todo un montón, empezando por lo que hemos hecho de nosotros mismos y siguiendo por aquello en que nos han convertido los demás, incluido los más íntimos». Esto es, lanzarse en busca de una existencia más verdadera y empezar de nuevo³.

El Covid puso entre las cuerdas al género humano. Sufrimos en propia carne la fragilidad de la existencia. Mascamos con nostalgia la necesidad que tenemos de relaciones. Aprendimos a valorar las cosas pequeñas del día a día. Nuestra cotidianidad se vio sesgada y confinada por un organismo microscópico capaz de poner en jaque a una humanidad pretenciosa que se

¹ Así escribe en su ensayo que llegó a ser premio Le monde: «He llegado a ser lo que tanto me asustaba ser. Un escéptico. Un agnóstico: ni siquiera lo bastante creyente para ser ateo. Un hombre que piensa que lo contrario de la verdad son las certezas». Cf. E. CARRÈRE, *El Reino*, Panorama de narrativas 902, Barcelona ⁷2022, 119.

² Expresión de la poesía “Un jilguero” de E. SÁNCHEZ ROSILLO, *Las cosas como fueron. Poesía completa, 1974-2017*, Marginales 299, Barcelona ²2018, 262.

³ Así se expresa el autor: «Quien no haya sentido nunca un vivo deseo de escapar y dejarlo todo, de decir basta, se acabó, hasta aquí hemos llegado, y mandarlo todo y a todos a paseo, es que sencillamente ha perdido su más íntima capacidad de desear y ya no vale querer más lo que en el gran dispositivo del mundo le manda desear. Dejarlo todo, abandonar, tirar la toalla o bien romper la baraja y mandarlo todo al diablo, el ambiente en el que vivo, el ritmo de vida que llevo y los hábitos y necesidades contraídos, hacer con todo un montón, empezando por lo que he hecho de mí mismo y siguiendo por aquello en que me han convertido los demás, incluido los más íntimos». Cf. J.A. GONZÁLEZ SAINZ, *La vida pequeña. El arte de la fuga*, Barcelona 2021, 25.

jactaba de su saber. Hasta tal punto este diminuto virus nos hizo entrar en crisis que llegamos seriamente a replantearnos nuestra forma insípida y, también inconsciente, de habitar sobre esta tierra y nos prometimos cambiar nuestra insulsa existencia. Pues, tras la pesadilla y el desgarramiento nos dijimos que íbamos a estar aquí y ahora de otra manera.

Sin embargo, apenas un año después, el hechizo del canto de sirenas nos embrujó otra vez. La decisión de “hacer con todo un montón” e irnos desnudos y libres en busca de un futuro más auténtico no nos inmunizó para siempre de atracar nuevamente en islas letales hipnotizados por irresistibles melodías que prometen una felicidad fácil y rápida. La atracción irrefrenable del ser humano hacia la verdad encalla, una y otra vez, aletargada por lo banal. No soportamos la herida ontológica tatuada en nuestra carne y la calmamos con paliativos cortoplacistas que dejan varada nuestra vocación y posponen nuestra conversión. Y podemos pasarnos así la vida entreteniéndonos con lo efímero, trampeando con lo superficial, trapicheando con el gran don de la existencia.

En ocasiones habitamos en un mundo paralelo y prefabricado, alimentado de sucedáneos, relacionado e interconectado virtualmente. Y, quizás por eso, demandamos como nunca algo que sea tangible y “verdadero”. Buscamos amores auténticos, sabores genuinos, relaciones sinceras, noticias fidedignas. Ponemos calificativos porque lamentablemente el travestismo de la realidad y la deflación de lo verdadero provoca que no lo demos por supuesto. Tenemos sed, como la samaritana, de un agua distinta que definitivamente calme nuestro anhelo de autenticidad. Y es que, no todo progreso lleva de la mano el desarrollo y la gran paradoja es que en la era de las comunicaciones como nunca nos sentimos solos.

Por eso, más que en otras épocas, necesitamos replantearnos el tema de la verdad⁴ y en qué sentido como facultad de teología contribuimos en este punto a ofrecer una visión alternativa a nuestros contemporáneos, sea en el ámbito académico en general, como en el de la formación y en el de la evangelización en particular. La concepción bíblica de verdad puede aportarnos valiosas luces, ya que para la Escritura la verdad no es un ente abstracto con densidad ontológica que habita en el mundo de las ideas y se

⁴ E tema de la verdad fue objeto de profundización en el ciclo de conferencias del curso XLII de la Cátedra de Teología Contemporánea José Antonio Romeo (Chaminade) en la que participé con una ponencia en fase de publicación el 29 de noviembre de 2023: «“¿Qué es la verdad?” (Jn 18,38): un acercamiento bíblico a la verdad».

percibe por el intelecto. La verdad es captada por el corazón y se descubre en la medida que el ser humano se entrega a ella mediante la adhesión.

Teniendo en cuenta esta comprensión de verdad y lo anteriormente planteado, mi intención con esta exposición no es disertar especulativamente sobre la verdad, sino la que pretendía J.A. González Saiz en *La vida pequeña*: hacer acopio del coraje suficiente para abandonar de una vez para siempre esas maneras de habitar en este mundo que nos dejan insatisfechos porque nos hacen vivir en un constante espejismo de felicidad exprés y artificial. Pero, además, esta ponencia persigue otros dos objetivos que están interconectados. Primero, reubicar nuestra misión como facultad de teología en el panorama más amplio del mundo académico. Y, segundo, horadar en qué sentido, la novedad que aporta la concepción bíblica sobre este tema enriquece no solo la misión de la iglesia sino también a nuestra sociedad y, además, configura nuestra forma de ser y nuestro estilo de hacer facultad.

1. “La utilidad de los conocimientos inútiles”

Si Pablo irrumpiera en el sistema educativo actual con el mismo discurso con que comenzó la primera carta a los Corintios, se toparía veinte siglos después con que la predicación de esa verdad revelada –Jesucristo, y éste crucificado (cf. 1Cor 1,17-31)– no termina de cuajar. Y no solo porque el centro de su mensaje sea tildado de locura o necedad, sino porque la teología hace tiempo que se halla desterrada en la isla de los saberes inútiles. A ella también han sido exiliados hordas de conocimientos improductivos. Su marginación ni siquiera es ya por motivos ideológicos o religiosos, sino simplemente porque, según los cánones actuales, como otras tantas ciencias, la teología no sirve para nada.

Y quisiera ahondar sobre esta cuestión ya que desde hace años se elevan voces críticas contra este sistema que está pervirtiendo el saber y con el que tenemos que lidiar también nosotros como institución académica porque no somos inmunes a una mentalidad capciosa sustentada por la lógica financiera. Es decir, como sociedad tenemos muy introyectada la “utilidad” como valor rector de nuestras relaciones y opciones, hasta haberse consolidado como un estilo de vivir.

Y para ilustrar este punto no puedo sustraerme a la tentación de contar una anécdota que narra con tanto gracejo Emilio del Río. Relata este latinista que Antonio Fontán –catedrático de Filología– evocaba un simpático

episodio sucedido durante la dictadura franquista. En una sesión de las Cortes, el ministro José Solís Ruiz preguntó: *¿para qué sirve el latín?* Y Adolfo Muñoz Alonso, catedrático de Filosofía de la universidad Complutense, le contestó: «Por de pronto, señor ministro, para que, a su Señoría, que ha nacido en Cabra, le llamen egabrense». Pues *cabra* en latín se dice *egabro*⁵.

Más allá de la anécdota, la cansina y reiterada pregunta: *para qué sirve* debería ser extirpada del ámbito educativo e igualmente vetada su formulación. Ya que la utilidad no puede erigirse en el criterio para seleccionar los contenidos de aprendizaje, ni tampoco en el baremo del saber o en su motor. En octubre de 1939, Abraham Flexner (1866-1959) –famoso pedagogo estadounidense– publicó una conferencia: “La utilidad de los conocimientos inútiles”⁶. Con el artículo elevaba una atalaya de resistencia contra el ridículo carro sobre el que está montado el actual sistema y así plantaba cara al dogma teórico sobre el que se sustenta esta mentalidad.

De esta publicación toma inspiración el ensayo de Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil* (2013)⁷, que lanza una durísima crítica a la institución universitaria y a los dirigentes políticos quienes, independiente del color de su partido, deberían haber velado por mantener la educación fuera de la contaminación del mercado y del lucro y haber preservado así, su consagración a la búsqueda de la verdad.

La supremacía del tener sobre el ser y la dictadura del beneficio no solo han logrado gangrenar nuestras relaciones y nuestro espacio más íntimo, sino que esta metástasis ha corrompido el coto del saber con el que ya no se entabla una relación de gratuidad. Con el noble propósito de mejorar el nivel de vida, la perspectiva utilitarista se ha filtrado en las universidades y ha conseguido arrinconar no solo a la humanística sino también a ciencias puras como la física o las matemáticas.

Cualquier acto gratuito de saber exento de una utilidad a corto plazo no es financiado. Y de esta manera, se ha ido paulatinamente asfixiando a la investigación. La penetración de este contubernio financiero en el ámbito del conocimiento ha prostituido su vocación a la verdad. La universidad, extorsionada por la ley mercantilista de la oferta y la demanda y adulterada

⁵ Cf. E. DEL RÍO, *Latín lovers*, Barcelona ²2020, 21.

⁶ Cf. A. FLEXNER, «The Usefulness of Useless Knowledge», *Harper's Magazine* (1939) 544-552.

⁷ Cf. N. ORDINE, *La utilidad de lo inútil*, Quaderns Crema 36, Barcelona ²⁵2022.

por las grandes empresas, quienes costean los proyectos, adopta cada vez más la fisonomía de una empresa y el alumno es el cliente al que hay que satisfacer porque paga.

En el fondo, todo esto no es más que la sintomatología de una patología social más grave. Con palabras de Tocqueville: que en el corazón del ser humano predomine «el amor a lo útil sobre el amor a lo bello»⁸. La oligarquía de la eficiencia nos va desquiciando y entumeciendo hasta hacernos incapaces de entablar relaciones gratuitas, buscadas y mantenidas en sí mismas y no por el beneficio que nos reportan. Ahora bien, ante este desolador panorama abrigamos la esperanza de que, aunque malogremos las instituciones que velan por el conocimiento, el saber permanecerá intacto, dado que es de las pocas cosas en este mundo que no se pueden comprar y que, además, enriquece al compartirlo⁹.

Además de Nuccio Ordine, otro gran pensador y literato, George Steiner, en el ensayo, *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?* (1989) denunció la erosión del conocimiento y la prevaricación de la palabra¹⁰. En esta magnífica y densa obra empitonó contra lo que él denomina la “inflación de lo parasitario”. De hecho, la devaluación de lo primario por lo espurio y secundario ha conseguido lacerar a la humanidad y encadenarla a una rutina inerte y estéril regida por la lógica del usar y tirar. Según él, habitamos en “sociedades omnívoras que consumen, pero no ingieren”.

⁸ Frase de Tocqueville citada en N. ORDINE, *La utilidad de lo inútil*, 86.

⁹ «Todo puede comprarse, es cierto. Desde los parlamentarios hasta los juicios, desde el poder hasta el éxito: todo tiene su precio. Pero no el conocimiento: el precio que debe pagarse por conocer es de una naturaleza muy distinta. Ni siquiera un cheque en blanco nos permitirá adquirir mecánicamente lo que sólo puede ser fruto de un esfuerzo individual y una inagotable pasión. Nadie, en definitiva, podrá realizar en nuestro lugar el fatigoso camino que nos permitirá aprender. Sin grandes motivaciones interiores, el más prestigioso título adquirido con dinero no nos aportará ningún conocimiento verdadero ni propiciará ninguna auténtica metamorfosis del espíritu [...] Pero hay algo más. Sólo el saber puede desafiar una vez más las leyes del mercado. Yo puedo poner en común con los otros mis conocimientos sin empobrecerme. Puedo enseñar a un alumno la teoría de la relatividad o leer junto a él una página de Montaigne dando vida al milagro de un proceso virtuoso en el que se enriquece, al mismo tiempo, quien da y quien recibe». N. ORDINE, *La utilidad de lo inútil*, 15-16.

¹⁰ Cf. G. STEINER, *Presencias Reales. ¿Hay algo en lo que decimos?*, Biblioteca de Ensayo 90, Madrid 2017. En los dos siguientes párrafos las expresiones entrecomilladas pertenecen a este autor.

La “arrogancia del positivismo” y la “pornografía de la insignificancia” han doblado la Verdad con mayúsculas a una verdad no solo relativa sino también subjetiva y autorreferencial. Según Steiner, el superávit de la impostura de las élites burocráticas en un “contante soliloquio” es culpable, en parte, del descrédito y del desencanto actual¹¹. Para él la demagogia petulante y el academicismo excesivo y pretencioso no son más que “un chascarrillo de altura”, un coqueteo sin compromiso serio con la verdad. Pues una ciencia reducida a técnica solo puede generar “invenciones autistas”, sin imaginación alguna y corrompidas por la pleitesía al rédito económico.

Si ante este panorama, ciencias reputadas y con solera –como la física o las matemáticas– están acomplejadas, la teología viaja desterrada del campus universitario en el mismo barco que la humanística. Desde la dura crítica hecha por la ilustración, la religión ha sido descatalogada de los saberes. De hecho, el iluminismo la consideró una delirante ideología, una burda superstición, un indicio de que parte de la sociedad todavía sigue en la minoría de edad o adicta a un opio que le evade de la realidad.

En los suburbios del conocimiento y muy lejos de los centros de interés, ciertamente la teología goza de más libertad para rehacer su vida al margen de este sistema lastrado por la pérfida lógica del beneficio, pero también corre el riesgo de aislarse. Esto es, de relacionarse solo con quienes piensan igual que ella. De hablar únicamente para aquellos que ya la entienden. De conformarse solo con formar a candidatos al sacerdocio para quienes la teología puede llegar a ser un mero trámite de acceso al sacramento del orden. O de consagrar su investigación solo a reciclar saberes que huelen a antiguos y servir la verdad “embadurnada de una moral”¹² rancia o momificada que tiene poco que ver con la libertad y audacia evangélica.

Enajenarse puede precipitar a la teología al abrupto acantilado de un aburrido monólogo realizado desde la tarima de un planeta parecido al que describía el Principito: el de un rey solitario que es tal porque no existen otros habitantes en su cosmos. Aislarse del mundo es pagar no solo un precio muy alto sino claudicar en la misión que bellamente expresaba el concilio Vaticano II en la constitución *Gaudium et Spes*:

¹¹ Sobre esta cuestión me ha resultado muy iluminador la lectura del ensayo sobre la vida y obra de George Orwell: D. LYNSKEY, *El ministerio de la verdad*, Madrid 2022.

¹² La expresión entrecomillada es de E. CARRÈRE, *El Reino*, 112.

«Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón [...] La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (GS 1).

La iglesia quiere recorrer en solidaridad con todo el género humano el fatigoso camino de búsqueda de la verdad, consciente de que el Espíritu la guiará a la verdad plena (cf. Jn 16,13). Solo así podremos construir el gran sueño de la fraternidad universal al que instaba *Fratelli tutti* (2020). De hecho, esta exhortación pide con vehemencia participar y colaborar con iniciativas promovidas por otras instituciones. Porque la verdad puede venir del otro, del diferente, del que no piensa igual, pero con el que podemos compartir el proyecto de construir una fraternidad universal.

Iglesia en salida, samaritana y prójima se hace no solo en los “hospitales de campaña” montados a pie de calle, sino también desde las instituciones académicas como son las facultades de teología, interviniendo en el debate mundial sobre cuestiones que afectan al género humano. El actual papa ha dado muestras de coraje abordando en *Laudato Si* el problema de la expoliación infame de la tierra y la desertización de la solidaridad del género humano hacia los pobres. Es más, esta encíclica ha liderado el diálogo mundial sobre esta cuestión y ha alentado el debate científico¹³.

Pues, desde las facultades de teología no solo formamos a cristianos o ahondamos en los misterios de la fe, también ayudamos a construir un mundo mejor. Así pues, en el centro de nuestra reflexión debería estar lo que *Gaudium et Spes* señaló: las preocupaciones y los gozos de nuestros contemporáneos, así como el ánimo de recorrer este camino hacia la verdad en solidaridad y receptividad hacia lo que aportan otros saberes.

¹³ «LS representa, por tanto, un modo particular y nuevo de elaborar teología moral en el siglo XXI: una *reflexión ética* de carácter espiritual e interreligioso, un *ejercicio de teología pública* y un *esfuerzo de incidencia política*. En este sentido, LS se insertaría con voz propia en el *movimiento global de la justicia ambiental*, tal y como lo ha sido delimitado por Martínez-Alier. Ahora bien, la recepción y puesta en práctica de LS por parte de la comunidad católica, así como su capacidad para influir sobre los foros internacionales de debate y de deliberación nacional e internacional, será el test último de la credibilidad y operatividad de la propuesta de la ecología integral». Cf. J. TATAY, *Ecología integral. La recepción católica del reto de la sostenibilidad 1891 (RN) – 2015 (LS)*, Madrid 2018, 417.

Hace siglos el apóstol Pablo se plantó ante el areópago de su tiempo sin ningún tipo de complejos y se hizo hueco en el ámbito académico de aquel entonces, dando por sentado que tenemos que ofrecer una verdad que será juzgada por los sabios de este mundo no solo como un saber inútil sino como locura y necedad, pero para los que creen fuerza y sabiduría de Dios (cf. 1Cor 1,23-25). Hoy en día, dentro de las instituciones académicas la teología no debe conformarse con hacer un tímido derrote, sino que debe hacer palanca junto con otras disciplinas para desbancar la lógica del beneficio e implementar la de la gratuidad. Pero, además, consciente de la fuerza de la verdad que tiene que ofrecer, la teología debe luchar por no ser arrinconada ni relegada, a no ser que renuncie a su vocación de servicio a la humanidad con la que reflexiona y camina solidariamente.

2. Más que inutilidad, locura

En su particular diatriba Pablo no se mengua ante los doctos y sofistas de su mundo. No se acompleja ante sus críticas y descalificaciones. Es más, les conmina a que expliquen ante el escenario del mundo qué tipo de verdad ofrecen, consciente de que su propuesta es cualitativamente distinta y humanamente más plena y completa. Chocan así dos concepciones muy distintas de verdad: la griega y la semítica. Y quisiera desarrollar brevemente la peculiar comprensión que aporta la Biblia a este tema.

En primer lugar, para la Escritura la dignidad de la verdad –y también del ser humano– impide que ésta pueda ser un objeto, la quinta esencia de las cosas o una abstracción genérica. Necesariamente debe ser una persona, ya que solo otro sujeto puede colmarnos plenamente. Por esta razón, estaría mal formulada aquella pregunta que desde el pretorio pende suspendida en el aire: *¿qué es la verdad?* (cf. Jn 18,38). La verdad no es un *qué* sino un *quién*.

Y así el evangelio de Juan corrige el mal planteamiento de la cuestión no solo porque en la última cena Jesús había afirmado: «Yo soy la Verdad, el Camino y la Vida» (cf. Jn 14,6), sino por la inclusión del inicio y del final. De hecho, al principio del evangelio, dándose la vuelta, Jesús descerraja a aquellos dos discípulos que a distancia le seguían la siguiente pregunta: *¿qué buscáis?* (cf. Jn 1,37). Mientras que al final del evangelio, a la Magdalena no se le pregunta ya por un *qué* (τί) sino por un *quién* (τίς): *¿a quién buscas?* (cf. Jn 20,15). Delatando con este recurso que el discipulado es un camino

en el que se comienza buscando “algo” para terminar buscando a “alguien”. Una especie de pasaje del *qué* (τί) al *quién* (τίς).

En segundo lugar, la verdad no es tanto un descubrimiento como un encuentro –incluso, aparentemente fortuito–, con quién siempre habías esperado. Y, aunque no sabías exactamente cómo era, sorprendentemente le reconoces. Algo así queda bocetado en la escena ya aludida del evangelio de Juan (cf. Jn 1,37-39). Pero también se halla magníficamente lapidado en la frase de la novela de Julio Cotazar, *Rayuela* (1963): «andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos». Habita en nosotros no solo una inquietud propedéutica sino también una capacidad innata para oler a Dios. Esto es, la certeza de que andamos para encontrarnos y, aunque no sepamos con exactitud cómo y dónde buscarnos, en cambio, abrigamos la seguridad de que seremos capaces de reconocernos en ese singular encuentro.

En la antigüedad esta sensación ontológica se cifraba en el momento del parto. Asistido por las divinidades, lo primero que el recién nacido veía era a Dios (cf. Sal 22,9-10). Y ese rostro se tatuaba en las pupilas hasta el punto de que vivir equivalía a vivir buscándole y morir era algo muy similar a nacer¹⁴. Pues precisamente en ese instante de la muerte Dios-comadrona nos extraerá del seno de esta vida para nacer definitivamente a la nueva y, en esta tesitura, le veremos tal cual es. Mientras tanto, a tientes y ateridos, salimos del vientre cálido de nuestra madre al frío mundo con la certeza interna de que nuestro caminar tiende atraído hacia la Verdad y que, además, seremos capaces de reconocerla cuando esté ante nuestros ojos.

En tercer lugar, este encuentro no es conquista sino, más bien, un don y una llamada gratuita. En el capítulo 24 del Sirácide, y luego en el 51, doña Sabiduría interpela directamente a militar en sus filas y emplaza a frecuentar su escuela: «venid a mí los que me amáis y saciaos de mis frutos» (cf. Sir 24,19); «venid a mí los ignorantes y habitad en mi escuela. ¿Hasta cuándo estaréis escasos y os moriréis de sed?» (cf. Sir 51,23-24). En esta línea, Jesús hará una invitación similar en el evangelio de Mateo: «venid a mí los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré» (cf. Mt 11,28). Invitación que llega tras contrastar la actitud de rechazo por parte de los sabios e inteligentes de este mundo con la de los pequeños que, a diferencia de ellos, acogen generosamente esta revelación (cf. Mt 11,25).

¹⁴ Cf. M. GARCÍA FERNÁNDEZ, «El rostro materno de Dios en los textos bíblicos y orientales», *Estudios Eclesiásticos* 348 (2014) 129-130.

Como es propio de la teología de la gracia, también en este punto existe una simbiosis entre don divino y esfuerzo humano que necesariamente se entrelazan. Ahora bien, el desencadenante de este dinamismo siempre es el don y, por tanto, la gratuidad origina el movimiento. En este sentido, la teología como búsqueda de la verdad es tan solo respuesta al acto gratuito de Dios que se deja encontrar. San Anselmo cincela como pórtico de entrada a su obra el *Proslogion* una oración que dará el tono a todo quehacer teológico:

Di, ahora, a Dios: “Busco tu rostro; tu rostro, Señor vuelvo a buscar”. Ahora tú, Señor, Dios mío, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte [...] Enséñame a buscarte, y muéstrate a quien te busca, porque ni puedo buscarte a menos que tú me enseñes; ni encontrarte a menos que te muestres. Te buscaré deseándote, para desearte buscándote. Te encontraré amándote, para amarte encontrándote¹⁵.

Esta oración es un buen comienzo para cualquier curso de teología, al igual que debería presidir todo quehacer teológico. Como zahoríes con instinto de Dios no arrancamos de cero en esta aventura. Una brújula interna nos guía. Él nos asiste durante la búsqueda con su gracia. Pues no podemos encontrarle si Él no nos enseña, ni hallarle si no nos precede. Es más, esta búsqueda parte del deseo y tiene como única finalidad amarle.

En cuarto lugar, y como consecuencia de lo anterior, puesto que es una verdad deseada en el corazón, se ofrece a éste. O, mejor aún, a la persona completa y no simplemente a la razón. Y, en mi opinión, este hecho comporta tres implicaciones sustanciales. La primera, es que verdad y amor son prácticamente sinónimos. Christian Bobin lo expresaba de manera soberbia en una atípica y sugerente biografía sobre Francisco de Asís, *El Bajísimo*:

Te amaba. Te amo. Te amaré. No es suficiente una carne para nacer. Hace falta esta palabra. Viene de lejos. Viene del azul lejano de los cielos, se hunde en lo viviente, empapa lo viviente como un agua subterránea de amor puro¹⁶.

Es decir, hay una verdad hundida en lo más profundo de todo ser humano y de cada ser vivo que coincide con el hecho de que su existencia es completamente gratuita y querida. Ese amor originante está cosido a mano en nuestro bagaje genético. Y esta verdad, que es más necesaria para existir

¹⁵ Cf. ANSELMO, *Prologion. Con las réplicas de Gaunilón y Anselmo*, Madrid 2009, 74.78.

¹⁶ Cf. C. BOBIN, *El Bajísimo*, Bilbao 2016, 26.

que la carne, es con la que hemos sido equipados para emprender el viaje de la vida¹⁷. Como bellamente expresa Eloy Sánchez Rosillo se encuentra «en las galerías de nuestra soterrada identidad» a la que «tan solo en ocasiones, medrosos, decidimos asomarnos»¹⁸.

La segunda implicación es que, como el amor, la verdad bíblica es una forma de conocimiento que solo puede ser entendida desde el compromiso y la adhesión. Y de nuevo un poeta lo expresa bellamente. En esta ocasión, la voz de Miguel García Posada: «la poesía es una forma de conocimiento» y «puede ser todo (...) más nunca trueque y plata». En parte por estas razones, el sabor –del que etimológicamente deriva el término saber– se ha visto como una de las metáforas más aptas para explicar cómo se accede a la verdad y cómo ella se incorpora hasta adherirse a nuestra existencia.

De hecho, respecto a “la sinapsis de la recepción” el AT privilegia imágenes del campo semántico del “comer”: «cuando encontraba palabras tuyas, las devoraba en mi interior», dirá Jeremías (cf. Jr 15,16). El Salmo 1 hablará de “rumiar día y noche” la Torá (cf. Sal 1,2). Y al profeta Ezequiel se le pedirá “engullir el libro” (cf. Ez 3,1-3). En la lengua hebrea el término acento se dice “taam” y este sustantivo significa “gusto”¹⁹. Se sobreentiende, así, que cada palabra tiene un sabor y sabe diferente a la otra porque tiene un acento distinto. O, lo que es lo mismo, entendemos qué significa la palabra amor porque lo hemos catado.

A la pregunta: *¿dónde vives?*, Jesús no responde: “en Cafarnaúm”, sino “ven y lo verás” (cf. Jn 1,38-39), porque la verdad bíblica no se entiende si no se secunda y, por tanto, sin probarla²⁰. Resulta imposible conocerla sin adhesión del corazón o sin aceptar correr el riesgo de seguirla. Que se ofrezca a la libertad, y no tanto al entendimiento, no implica que carezca de objetividad o que no pueda ser razonada (cf. 1Pe 3,15). Pero sí que, tal como sucede con un sabor nunca catado, no se conocerá realmente hasta

¹⁷ Cf. M. GARCÍA FERNÁNDEZ, «“Mirad los lirios del campo”. Reflexiones en voz alta sobre la providencia en la Biblia», *Sal Terrae* 110 (2022) 121-122.

¹⁸ La poesía se titula “Los trabajos del alma” de E. SÁNCHEZ ROSILLO, *Las cosas como fueron. Poesía completa, 1974-2017*, Marginales 299, Barcelona 2018, 370-371.

¹⁹ Cf. H. MESCHONNIC, *La poética como crítica del sentido*, Buenos Aires 2007, 17.

²⁰ Una acepción parecida tendría la famosa frase de Ex 3,14: yo soy el que soy que, traducida así, parecería una afirmación ontológica y, sin embargo, aunque ha dado muchos quebraderos de cabeza a los exegetas, muchos concluyen que sería mejor traducir por: “yo soy el que estaré” (cf. R. ABBA, «The Divine Name Yahweh», *JBL* 80 [1961] 320-328). Esto es, “descúbreme”, “atrévete a conocerme”, “ven y lo verás” (cf. Jn 1,39). Es decir, Dios es siempre una verdad por descubrir.

degustarlo. Sin probarlo, solo nos haremos una idea por aproximación de lo que otros nos cuentan, pero careceremos de experiencia personal.

La tercera implicación es que, ingerida, esta verdad nos modifica. Para la Biblia deglutir es convertir aquello que comemos en nosotros y, viceversa. Es decir, nosotros nos convertimos en lo que comemos. Se forja, así, un tipo de conocimiento similar a la convicción. Pues el gusto o sabor, –por continuar con la metáfora–, penetra en nuestro interior y produce un saber imborrable. Podemos renegar verbalmente de lo visto, oído o probado, pero no podemos cambiar lo que ha sucedido. Se puede seguir viviendo al margen, como si nada hubiera pasado o intentando apagar el fuego que en nosotros ha prendido, pero lo queramos o no, esta verdad nos ha convertido en testigos. Y una vez experimentada hay un antes y un después, hasta el punto de que no somos los mismos y, aunque luchemos como Jeremías por erradicarlo y olvidarnos, lo único que haremos así es luchar contra nosotros mismos (cf. Jer 20,7-9).

La quinta y última característica de la verdad bíblica que compendia las anteriores es que es una verdad que se revela fundamentalmente en un crucificado. Y, por tanto, el momento álgido de su teofanía se da no solo en una persona sino en un ser humano, que es Dios, y que además está completamente desfigurado porque ha adoptado la forma siervo y en una cruz ha llegado hasta el extremo del amor. Por eso, lo que desde el mero raciocinio no es más que sinsentido y necedad, desde otros cánones de medición, esta locura de Dios no responde a un delirio irracional, sino a una lógica, la del amor que, vaciándose completamente de sí, se entrega totalmente (cf. Flp 2,5-9).

Esta manifestación de la verdad-amor hace saltar por los aires nuestra irrefrenable tendencia a la meritocracia. A escarbar en los motivos de que para amarnos necesariamente haya una razón merecida. También dinamita nuestra cansina solicitud de pruebas o señales para creer y, así, adherirnos sin trabas (cf. Mt 12,38). Y es que ni habrá otra señal en el cielo que la de una toalla y un lebrillo, ni tampoco más grande, que la de un Dios crucificado. Y lo que desde ciertos parámetros se juzga como locura, para quien lo vive y experimenta en su carne supone plenificación, sabiduría y fuerza de Dios (cf. 1Cor 1,23-25). Y, en definitiva, esta convicción es lo que a su vez convencerá a otros a probarlo. De ahí, la importancia de que inseparable a la enseñanza se halle el testimonio y de que en el aprendizaje la recepción sea adhesión.

Pero también de que la predicación de esta verdad crucificada traiga insoslayablemente de la mano la contemplación de los cuerpos torturados y masacrados por la violencia, o lacerados y desgastados por la enfermedad y la caducidad de la existencia. Precisamente estos son los lugares teológicos por excelencia donde Dios se manifiesta. Esto es, la verdad más pura se revela en la dignidad más pelada y vulnerable del ser humano. Allí donde desnuda, sin ambages ni ornamentos refulge con nitidez.

Cuentan que, al final de la vida, acusado de jansenismo, a Blaise Pascal se le negó la comunión y que en esta tesitura pidió que le trajeran a un pobre para poder morir tranquilo. No tengo competencia para valorar si la doctrina de Pascal fue o no jansenista, pero por esta acción no cabe duda de que entendió perfectamente el misterio de la eucaristía. La verdad condensada en la sabiduría de la cruz es la de un Dios cuya omnipotencia es la de amor y, por eso, necesariamente la debilidad y la vulnerabilidad son los lugares donde mejor se manifiesta.

No es casual que el lema de los impíos verbalizado en el segundo capítulo del libro de la Sabiduría –«sea nuestra fuerza norma de la justicia que la debilidad, como se ve, de nada sirve»– trae de la mano la eliminación de las categorías más débiles: «oprimamos al justo pobre, no perdonemos a la viuda, no respetemos las canas llenas de años del anciano» (cf. Sab 2,10-11). En este sentido, la Escritura da una vuelta de tuerca a la receta de gratuidad propuesta por Nuccio Ordine en aras de liberar al saber de la tiranía del beneficio. La teología se postula no solo como un saber inútil, y con ello gratuito, sino como locura de un amor que abraza la debilidad hasta el punto de escogerla como lugar por excelencia de manifestación. Y esto no por una puesta en escena excéntrica o extravagante, sino porque responde al ser más profundo de Dios.

De hecho, sería sintácticamente posible, y teológicamente más conveniente, traducir el participio presente del inicio del himno cristológico (ὤν; cf. Flp 2,5-11) no por un “a pesar de su condición divina” –como normalmente aparece registrado– sino por un “precisamente por ser Dios”²¹. Esto es, precisamente porque era Dios no retuvo ávidamente su condición divina, se vació, pasó por uno de tantos, adoptó la condición de siervo y llegó

²¹ Cf. M. GARCÍA FERNÁNDEZ, «Cristología para empezar. Dando pasos hacia una cristología del siervo», en P. ALONSO VICENTE – S. MADRIGAL (eds.), *Teología con alma bíblica. Miscelánea homenaje al Prof. Dr. José Ramón Busto Saiz*, Biblioteca Comillas Teología 16, Madrid 2021, 101-116.

hasta el extremo del amor en una cruz. No se trata de una concesión sino, más bien, de una opción, de la manifestación desbordante de la verdad más honda de Dios.

Porque lo propio de Dios no es retener sino donarse. No es significarse separándose y marcando distancias sino asumir la condición de semejanza y, por tanto, hacerse hermano, pasar por uno de tantos. Sus insignias no son una lanza, la fuerza o el poder sino una toalla y un lebrillo, ya que su omnipotencia es el amor y el servicio. Por eso, y tal como cartografía el descenso del himno de Filipenses, quizás el mejor calificativo no sea el de Altísimo sino el de Bajísimo. Y así, en tres escuetos versículos la carta a los Filipenses escancia la kénosis de Dios y, con ello, de toda su verdad.

Concluyendo, la verdad que la teología busca y de la que habla no es un ente sino un sujeto. No es una realidad oculta ni esotérica, es de carne y hueso y sale a nuestro encuentro en la cotidianidad. No es demostrable ni apresable, pero la reconocemos. No es una quimera subjetiva es real, pero cualquier objetivación se queda siempre corta y resulta parcial, sesgada y empedecida. Puede ser razonada pero no se ofrece a la inteligencia sino a la libertad y se entiende mejor en la medida que se secunda. Moviliza principalmente al corazón y plenifica toda la existencia. No es una verdad poseída sino seguida y siempre libre y sorprendente. Pero su peculiaridad más característica es que es una verdad crucificada y, por eso, capaz de devolvernos como un espejo la verdad más profunda de lo que somos: seres amados hasta el extremo. Y ésta, y no otra, es la propuesta bíblica y cristiana.

3. Llevamos este tesoro en vasijas de barro

La exhortación de Pablo sobre la sabiduría ubicada al inicio de la primera carta a los Corintios nos ha servido de inspiración no solo para que la teología no se arredre ante los doctos y sabios de este mundo, sino para horadar el calibre de la verdad que anunciamos. A través de unas breves pinceladas, hemos buscado bocetar la peculiar oferta que podemos hacer no solo a nuestro mundo. Pero nos queda sacar una consecuencia más: la verdad que predicamos debe configurar nuestra forma de hacer y de ser facultad, nuestro estilo de ser docentes y alumnos, nuestra manera de enseñar y de aprender. Es decir, esta verdad afecta no solo al contenido sino también al modo. Y quisiera centrarme en dos aspectos.

En primer lugar, una de las patologías modernas es la de rendir pleitesía al método. En línea con la aguda sátira de George Steiner, siglos antes el apóstol Pablo critica tanto a los griegos, para quienes lo que cuenta es la elocuencia, como a los judíos, que piden señales (1Cor 1,23-25). En cierto modo, sendas tendencias encarnan dos modas reinantes hoy. Los positivistas de turno para los que es falsa cualquier teoría que no pueda ser empíricamente demostrada. Y los fervientes pedagogos o comunicadores para los que, en muchos casos, prima la forma sobre el contenido.

Jesús no sucumbe ni a lo uno ni a otro. Esto es, no complace la demanda de signos ni al inicio de su vida –tal como registra el episodio de las tentaciones (cf. Mt 4,1-11)–, ni al final, bajando de la cruz (cf. Mt 27,39) Pero tampoco a lo largo de su existencia histórica se acredita como Dios a la manera que le proponen sus correligionarios (cf. Mt 12,38). De igual modo, su predicación no se adapta al auditorio a fin de obtener muchos “likes” (cf. Jn 6,60-61). Ni por supuesto responde a la fisonomía de una “cháchara de altura” cargada de elocuencia, pero vacía de existencia y, además, destinada a unos pocos eruditos (cf. Mt 11,25-26).

Este ejercicio de docencia es un referente para nosotros. La teología no debe andar obsesionada con convencer a base de demostraciones o de adoctrinamiento. Pero tampoco puede ser un despliegue de pirotecnia, apasionante por segundos, pero luego tan flácida y etérea que se evapora sin dejar marca en el universo existencial de los alumnos. Pablo puntualiza que, «para no desvirtuar la cruz de Cristo» (cf. 1Cor 1,15), la debilidad y la pobreza con la que se presenta el que predica forma parte integrante del anuncio del evangelio²². Y remata esta idea señalando que, intrínsecamente unida a la debilidad de la cruz se halla: la parquedad de palabras con que ha expuesto el mensaje (cf. 1Cor 1,17); la indefensión con que él mismo se ha presentado a los corintios (cf. 1Cor 2,1-5); así como la conciencia de que Dios ha escogido lo débil del mundo, lo que no es, para confundir a lo fuerte y a lo que se cree ser (cf. 1Cor 1,26-28). Por tanto, la forma de hacer facultad de teología debe ser acorde con la verdad desnuda de un Cristo crucificado.

La segunda consideración parte del contexto especial en el que se enmarca este curso 2023-2024: vamos de cara hacia un sínodo sobre la sinodalidad y este hecho no puede dejar indiferente a nuestro quehacer teológico. Ya que desde estas aulas deberíamos formar a los futuros teólogos

²² Cf. U. LUZ, *El Evangelio según San Mateo (Mt 8–17)*, Vol. II, BEB 103, Salamanca 2002, 139.

para habitar en una iglesia sinodal. Y, por tanto, para asumir la responsabilidad de discernir, pero también y, sobre todo, para estar abiertos a la verdad de la que puede ser portador el otro²³.

Tras la escena de la mujer sirofenicia que contraargumenta a Jesús – «también los perrillos comen de las migas que caen de la mesa de sus amos»– los evangelios de Marcos (cf. Mc 7,24-30) y de Mateo (cf. Mt 15,21-28) dan un viraje hacia una mayor apertura a los paganos. Y esto significa que aquella mujer cambió a Jesús²⁴. O, lo que es lo mismo, que Jesús no siente amenazada su autoridad porque una mujer, y además pagana, le abra un horizonte más amplio de evangelización. Y también esto es indicio de que Jesús va descifrando su misión y el querer de su Padre caminando junto con otros. Jesús se dejó sorprender por la inmensa fe de muchas gentes sencillas. Le conmovieron gestos como el de aquella viuda que echó toda su existencia en dos óbolos (cf. Mc 12,41-44).

Jesús acoge la fraternidad inesperada como un don. Así recibe con gratitud al grupo de hombres y mujeres que le acompañaron en su viaje existencial de Galilea a Jerusalén (...) Les sintió hermanos y amigos. Y, en las horas más bajas, les pidió que estuvieran con Él velando y orando (Mt 26,38). Jesús como un lirio más del campo se deja vestir por la providencia de su Padre que llega en forma (...) de una inesperada familia de leprosos, publicanos, prostitutas que como samaritanos subversivos son los que le acogen en sus casas y le dan cabida en sus vidas (Lc 7,36-49; 19,1-10)²⁵.

Esta forma de ser de Dios funda la sinodalidad y, por eso, la sinodalidad no es una medida estratégica ni funcional que adopta la iglesia sino expresión de su ser más profundo. Comentando LG 12, Yves Congar afirmaba: «solo la verdad tiene autoridad en última instancia»²⁶. Pues: «la

²³ «Al plantear el Concilio Vaticano II una eclesiología que pivota sobre el Bautismo, tras dar prioridad a este sacramento que es común a todos los cristianos, de modo natural se abre la puerta para nuevas posibilidades de entender la vida y el ejercicio de la ministerialidad en la Iglesia y una mayor participación de todos los fieles en la marcha de la Iglesia». Cf. J.A. GUERRERO ALVES – O. MARTÍN LÓPEZ, *Conversación espiritual, discernimiento y sinodalidad*, El pozo de Siquén 469, Maliaño 2023, 100-101.

²⁴ Existe a este respecto una tesis. Cf. P. ALONSO VICENTE, *The Woman Who Changed Jesus. Crossing Boundaries in Mk 7,24-30*, Biblical Tools and Studies II, Peeters, Leuven 2011.

²⁵ Cf. M. GARCÍA FERNÁNDEZ, «“Mirad los lirios del campo”. Reflexiones en voz alta sobre la providencia en la Biblia», *Sal Terrae* 110 (2022) 126.

²⁶ Cf. Y. CONGAR, «La recepción como realidad eclesiológica», *Concilium* 77 (1972) 77.

Iglesia universal es el único sujeto adecuado, bajo la soberanía del Espíritu que le ha sido prometido y que en ella habita»²⁷. De este modo, *Lumen Gentium* invita a que los pastores –pero también podríamos ampliar a los teólogos–, a que escuchen la llamada de Dios que llega a través del discernimiento de todo el cuerpo eclesial²⁸. O, como expresó, Monseñor Romero, a experimentar que *el pueblo es mi profeta*²⁹. Que no es otra cosa que caminar y pasar por este mundo como lo hizo el Hijo de Dios dejándose sorprender por la fe y por la siembra fecunda de una semilla que cae en tierra buena y puede dar mucho fruto. El quehacer teológico no puede prescindir de la sinodalidad.

Recuerdo como si fuera ayer la última clase de la asignatura “Credibilidad de la revelación”, impartida por el profesor Rino Fisichella. Pues bien, ese día comenzó leyendo un elenco de nombres de cristianos y cristianas que habían sido asesinados en ese año por confesar la fe. Al concluir, sentenció: “ellos se creyeron esta verdad”. El impacto fue mayor porque entre esos nombres se hallaba el de algunos alumnos de la Gregoriana y, por tanto, que habían estado sentados en esos bancos de la universidad escuchando lo mismo que yo había escuchado. Y así, de repente, comprendí el alcance de la docencia. Posiblemente en nuestras aulas también habrá alumnos en los que cale hasta médula esta Verdad evangélica.

Por eso, y como conclusión, deseo para este año académico 2023-2024 que la facultad de teología de Vitoria-Gasteiz sea un faro de luz que irradie con valentía esta Verdad en la que creemos y de la que está tan necesitada la humanidad. Y que, además, esta búsqueda la haga en sinodalidad y solidaridad con todo el género humano. Que la debilidad y la vulnerabilidad configure nuestro quehacer teológico, conscientes de que esta verdad quizás brille mejor en vasijas que se saben hechas de barro y que son conscientes

²⁷ Cf. Idem, 68.

²⁸ «Caminar juntos –laicos, pastores, obispo de Roma– es un concepto fácil de expresar con palabras, pero no es tan fácil ponerlo en práctica [...] la sinodalidad, como dimensión constitutiva de la Iglesia, nos ofrece el marco interpretativo más adecuado para comprender el mismo ministerio jerárquico. Si comprendemos que, como dice san Juan Crisóstomo, “Iglesia y Sínodo son sinónimos” –porque la Iglesia no es otra cosa que “caminar juntos de la grey de Dios por los senderos de la historia que sale al encuentro de Cristo el Señor– entendemos también que en su interior puede ser “elevado” por encima de los demás». Cf. FRANCISCO, «Discurso de conmemoración del 50 aniversario de la institución del Sínodo de Obispos», 17 de octubre de 2015.

²⁹ Cf. Homilía del 8 de Julio de 1979.

de su fragilidad, al mismo tiempo que experimentan la fuerza del mensaje que llevan tatuado en su propia piel por el fuego del Espíritu.

Marta García Fernández